

CONTINUACIÓN DE LA 26ª SESIÓN ORDINARIA, EL 9 DE SEPTIEMBRE DE 1901

PRESIDENCIA DEL SEÑOR MARIANO DE VEDIA

SUMARIO:—Asuntos entrados.—Mensajes y proyectos de ley del poder ejecutivo: 1.º Destinando una fracción de los terrenos de la Chacarita de los Colegiales, á la fundación de una «Estación agronómica, granja modelo y escuela práctica de agricultura» y 2.º Abriendo un crédito suplementario al ministerio de instrucción pública por \$ 20.947.26, destinado al pago de diversas cuentas.—Continúa la discusión del dictamen de la comisión de guerra en los proyectos de ley sobre organización del ejército.

DIPUTADOS PRESENTES

Alfonso, Argañaraz, Argerich, Astrada, Balaguer, Balestra, Barraquero, Barroetaveña, Benedit, Bertrés, Berrondo, Billordo, Bollini, Bouquet Roldán, Bruchmann, Cantón, Capdevila, Carlés, Carrasco, Carreras, Carreño, Castellanos (J.), Centeno, Claros, Coronado, Cullen, Dantas, Demaria, Echegaray, Ezquer, Falcón, Ferrari, Fonrouge, Gálvez, García, Garzón, Godoy (E.), Godoy (M. E.), Gómez (C. F.), Gouchon, Helguera, Hernández, Iriando (M.), Iriando (U.), Lacavera, Laferrère, Lagos, Lartigau, Lassaga, Leguizamón, Leiva, Loureiro, Machado, Martínez, Moreno, Olivera, Olmos, Outes, Palacio, Pabelo, Parera (F. M.), Peña, Quintana, Reyna, Robert, Roberts, Romero, Rosas, Ruiz, Salas, Sánchez, Santa Coloma, Santamarina, Sarmiento, Serna, Serú, Silva, Soldati, Tissera, Torino, Torres, Ugarriza, Ugarte, Vedia, Vjdelá, Vivanco (P.), Vivanco (R.), Yofre, Zavalla.

AUSENTES CON LICENCIA

Bermejo, Ferreyra, Luro, Usandivaras, Varela Ortiz.

CON AVISO

Barraza, Bores, Carbó, Morel, Parera (R.), Pérez, Villanueva.

SIN AVISO

Avellaneda (F. F.), Avellaneda (M. M.), Belderrain, Calderón, Casares, Castellanos (A.), Gigena, Gómez (M.), Loveyra, Rivas, Seguí.

—En Buenos Aires, á 9 de septiembre de 1901, reunidos en su sala de sesiones los señores diputados arriba anotados, el señor presidente declara reabierto la sesión, siendo las 3 y 40 p. m.

ASUNTOS ENTRADOS

COMUNICACIONES OFICIALES

Buenos Aires, septiembre 6 de 1901

Al honorable congreso de la nación.

Con fecha 28 de diciembre del año próximo pasado el poder ejecutivo dictó un decreto dando posesión á la municipalidad de la capital de una fracción de los terrenos conocidos con el nombre de «Chacarita de los colegiales,» para la formación de un parque que sirviera de desahogo á la población del oeste del municipio, sin que ello importara una transferencia de dominio, pudiendo en consecuencia disponerse de esos terrenos á los fines de la ley N.º 2373 de 15 de octubre de 1888 en cualquier momento en que así lo requiriesen las exigencias de la nación.

Preocupado de facilitar en lo posible la tendencia de una gran parte de la juventud del país, que busca fuera de las carreras liberales sus medios de vida, el poder ejecutivo cree que sin perjuicio de la fundación del Parque del Oeste, podría utilizarse eficazmente una parte de los mencionados terrenos en el estable-

cario, se tengan en cuenta las observaciones que presenta.—(A la comisión de legislación.)

—El colegio de contadores de la capital reitera su pedido de reglamentación de la profesión.—(A la comisión de legislación.)

—El instituto popular de enseñanza, del Azul, solicita un subsidio.—(A la comisión de presupuesto.)

—Ricarda Porcel y Millán solicita pensión.—(A la comisión de guerra.)

—Teresa Vidal y Florinda Fraguero solicitan pensión.—(A la comisión de guerra.)

DESPACHO DE LAS COMISIONES

—La comisión de obras públicas se expide en la solicitud de don Domingo G. Sobral sobre construcción y explotación de un puerto comercial en la ciudad de Gualaguaychú.

—La de guerra, en las solicitudes de pensión de Lorenza, Elisa y Francisca Lista, Rosa Murature de Castellani, Luisa Murature de Zaracóndegui y Elvira Guillón de López.

—La de marina en la solicitud de Agustina B. de Rose.

(A la orden del día.)

ORDEN DEL DIA

ORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO

Sr. Presidente—Se pasará á la orden del día.

Continúa con la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

—Ocupa su asiento en el recinto el señor ministro de la guerra, coronel Pablo Riccheri.

Sr. Falcón—A pesar de lo desordenada de mi exposición anterior, creo haber dejado claramente establecido, que por la naturaleza del obstáculo que nos separa de Chile y la poca capacidad militar de los dos países para llevarla á feliz término, la guerra por tierra es casi imposible; que, en mi concepto, nos veríamos obligados á asumir en el primer momento de la campaña el rol de una defensiva estratégica, compensada por mar con una ofensiva de la escuadra; que si sus operaciones fueran felices, tendríamos desde luego el dominio del Pacífico; y si desgraciadas, el país ya habría tenido tiempo suficiente de reforzar los efectivos permanentes que estarían sobre la línea de fronteras y para poner también, si necesario fuera, á la nación en armas; que para esto, señor presidente, era indispensable tener un

ejército sólido, consistente, y que debemos llamar veterano, disponible para ponerlo rápidamente sobre la puerta de entrada de una invasión que en mi opinión, por estar el adversario sobre ella, tendría todas las probabilidades de operarse por sorpresa.

Y aunque no desearía desviarme del método que pensaba seguir, para decirlo todo de una vez, se me ocurre contestar aquí uno de los puntos del discurso del distinguido miembro informante de la minoría de la comisión, el que, imbuído en las teorías abstractas, tal vez de algún oficial de estado mayor á quien el miembro informante habrá pedido datos, nos decía: Hay que tener en cuenta, señor presidente, que toda la población de Chile, estando desparramada sobre el valle central de la cordillera, con un ferrocarril estratégico que se extienda de norte á sur de su frontera, puede movilizar y concentrar su ejército cinco veces más pronto que lo que podría hacerlo la República Argentina.

Creo que en esto ha estado en la verdad, como generalmente han sido exactos también todos los principios que ha querido establecer para fundar su tesis; pero como no es profesional, no ha sacado de ellos la verdadera consecuencia.

Y para eso decía: Es necesario aprobar el proyecto del señor ministro de la guerra, que facilitará poner al ejército de la República donde convenga cinco veces más pronto que el de la República de Chile.

Yo le preguntaría, dada la naturaleza de nuestro país, su anchura desde la cordillera al litoral, ¿de qué manera habríamos de poder poner sobre la cumbre de la cordillera un ejército igual al del invasor, que está, como quien dice, agarrado de la falleba de la puerta de entrada? De ninguna manera! Desde Mendoza á la cumbre de la cordillera hay más ó menos sesenta leguas; es tal vez esta ciudad el último punto importante hacia el Oeste de la República. De Santa Rosa de los Andes á la cumbre de la cordillera, hay diez y ocho leguas. Sería lo mismo que decir de qué manera llegará más pronto á la plaza de Lavalle uno que esté aquí, en el congreso, que el que habla que vive á media cuadra de ella.

Cada país toma con arreglo á las condiciones topográficas de suelo y demás circunstancias las medidas que le indica la ciencia militar para su defensa; y entonces no será nunca una con-

dición desfavorable para este país tomar en el primer momento una actitud defensiva respecto del adversario, aunque ésta, en tesis general, sea considerada como una desventaja para la nación que tiene que tomarla.

Nosotros tenemos la verdadera línea de invasión, por el mar.

Y para desvanecer también de una sola vez la opinión que se venía infiltrando en el espíritu de la cámara, sobre los enganchados, maltratados por los miembros distinguidos de la minoría de la comisión, quise levantarla del debate, repitiendo esta afirmación:

La primera potencia militar del mundo, la Alemania, tiene 89.000 enganchados, que representan la sexta parte del total de soldados que tiene en sus filas permanentes.

Iba á seguir diciéndolo que Francia, en cuyas instituciones se ha orientado el proyecto del señor ministro, tiene 41.000 sargentos y 83.000 cabos é individuos de cuadro; lo que representa un total de 125.000 hombres especiales, que aquí hemos dado en llamarlos veteranos, en un efectivo de 418.000 soldados, es decir, la cuarta parte del total del ejército.

Es inútil, señor presidente, pensar constituir un ejército, cualquiera que sea el método que se adopte, sin esta base de cuadros y de tropas azeitadas, no á la pelea precisamente, sino á la ruda tarea de la vida de campaña, á la práctica constante del campo de manobras, y con la entereza que da la edad madura. Para constituir ejércitos es necesario tener estos pilares sólidos en que se ha de sustentar el edificio, de la misma manera que esas columnas de hierro que están sosteniendo esos balcones y que más arriba sustentan esa cúpula.

Sin eso, señor presidente, no se tendrá jamás ejército, como lo llegaré á demostrar más tarde, no solamente con la experiencia propia, sino con la opinión de autores muy acreditados. Mientras tanto, vamos á la parte práctica del proyecto.

Tengo aquí, señor presidente, un folleto firmado por X, pseudónimo de un distinguido general de artillería, que todos conocemos y que es una de las grandes capacidades militares del país.

He querido nombrar al señor general Reynolds. Para probar la impracticabilidad del proyecto ministerial con la fría elocuencia de los números, dice el señor general: «Tenemos, según el

proyecto, Primero: Las clases, sargentos y cabos necesarios á las unidades á crearse, al poner en práctica esta ley, y son quince batallones de infantería, catorce regimientos de caballería, diez regimientos de artillería, cuatro brigadas de ingenieros y una compañía de tren; y que, de acuerdo, no ya con la dotación reglamentaria, sino sólo con la limitada del presupuesto, suma el número de 2675 plazas. Segundo: 15.000 jóvenes de veinte años Tercero 1500 voluntarios que habrán de completarse con preferencia á los otros porque serán más necesarios. Cuarto: 200 destinados por infracción, número que no nos parece exagerado si se ha de cumplir la ley. Quinto: El personal de músicos, etcétera, que de acuerdo con las dotaciones reglamentarias ó de presupuesto y únicamente para las unidades proyectadas, son 981 plazas entre músicos, trompas y tambores. Total: un ejército de 20.356 plazas.

«Esto, según el proyecto; pero, según el cálculo, de 24.000 conscriptos estas fuerzas se aumentan en 9.000 plazas más, ó sea un ejército de 29.356 plazas.

«Esto para el año próximo, que si lo tomamos para el año 1905 ó 1906, su número habrá aumentado notablemente, lo que hará inaplicable tal vez la fórmula ofrecida.»

Como se ve á la fría razón de los números, á no ser que aparezca uno de esos *dessous* que tan hábilmente viene ocultando el señor ministro, como apareció el otro día aquello de los 4000 veteranos, que no figuran en el proyecto, no sé, señor presidente, cómo podría destruirse la realidad de estas cifras.

Pero vamos á tomar el problema con la benevolencia que tendría un amigo para un amigo, benevolencia de la cual no puede dudar el señor ministro, porque soy uno de los admiradores de las condiciones que lo distinguen; por consiguiente, no he de establecer cifras que puedan fácilmente ser corregidas; voy á dar datos que no podrán levantarse y que probarán elocuentemente que, aun cuando fuera posible poner en práctica el proyecto ministerial, en caso de sancionarse, por lo menos será de resultados muy dudosos; y evidentemente su sanción importaría haber renunciado á las ventajas que ofrece el proyecto de la mayoría ó la misma ley vigente.

El proyecto ministerial, daría el resultado siguiente: esos 4000 voluntarios que tenía ocultos el señor ministro los imputo en forma de suboficiales, clases, músicos, tambores y trompetas, para no

gravar más el peso de las cifras, y porqué siendo lógico con el juicio que tengo de estas cosas, desde que les llamo veteranos, ha de ser porque los conceptúo los hombres más aptos para desempeñar las clases de maestros; pues no he de comprender de ninguna manera que habiendo voluntarios y veteranos disponibles, las clases habrían de salir de las filas de los conscriptos reclutas.

Bien: á éstos cuatro mil veteranos, que serían suboficiales la mayor parte, agreguémosles los mil quinientos voluntarios, que es uno de los elementos en que la minoría apoya la bondad del proyecto ministerial y que, como se sabe, prestarían sus servicios en la línea de fronteras; tendremos trescientos voluntarios para oficiales de reserva y doscientos destinados, cifra que tomo del folleto del general Reynolds por creer que será una cantidad más ó menos aproximada. La suma de todas estas cifras da seis mil hombres, que denomino á todos con la misma calificación de veteranos. Suponiendo la clase de veinte años en veinte mil sujetos solamente, excluidos ya los del contingente de la marina, cifra que no se podrá creer exagerada, pues si se ha de cumplir el capítulo de las excepciones, si se ha de mandar á cada uno de los 370 departamentos en que está dividida la República, oficiales de línea á presidir el enrolamiento y la movilización de los conscriptos, decía, no es una cifra exagerada, cuando la clase del 95, creo recordar dió como 24.000.

Sr. Godoy (E).—28.000.

Sr. Falcón.—Mejor para mí. Quiero colocarme muy abajo de la realidad de las cifras para no abultarlas.

Suponiendo la clase de 20 años en 20.000 sujetos, tendremos: 6000 veteranos, más 8000 tomados de las dos quintas partes de la clase, más 6000 conscriptos, la suma de 20.000 hombres en cuanto al costo real de entretenimiento; y 26.000 hombres, como efectivo instruido ó que ha pasado por las filas en todo el año.

Mientras que por el proyecto de la mayoría, tenemos: 10.000 veteranos, para clases, soldados, etc., más 20.000 conscriptos que reciben instrucción por tres meses y que equivalen á 5000 para el cálculo de costo en un año, 15.000 como costo y 30.000 como individuos que han pasado por las filas y recibido instrucción en un año.

Parece que hoy el efectivo del ejército está presupuesto en 7.500 hombres; podríamos llegar á 15.000, á 17.000... no

sé si las fuerzas financieras del país lo permitirán, pero no creo que el país pueda sostener uno de 20.000 hombres, como resultará del proyecto ministerial.

Ahora del punto de vista del provecho de la instrucción, tendremos por el proyecto ministerial 26.000 hombres instruidos contra 30.000 hombres de la mayoría.

En calidad de tropa arrojaría este resultado: 6.000 soldados que podrían ser considerados como veteranos y 20.000 milicianos instruidos en seis meses; pero como harán servicio, la instrucción recibida creo que podría ser considerada equivalente á la instrucción intensiva de tres meses del proyecto de la mayoría.

Representa, pues, como valor de instrucción, el proyecto ministerial, un cuarto para la clase veterana, y tres cuartos de una instrucción mediana de la milicia; contra un tercio de sólida instrucción de veteranos y dos tercios de instrucción mediana de la milicia.

Voy á tocar otro punto. Por falta de tiempo, los conscriptos del proyecto ministerial nunca podrán proveer las clases de suboficiales, lo que obligará al señor ministro á no desprenderse jamás de las tropas que hemos llamado veteranas... No se ría, señor ministro... está clarísimo en su proyecto.

De acuerdo con el inciso 1.º del artículo 66, dice el proyecto: «Recién á los cuatro meses de estar un conscripto en las filas, si ha revelado condiciones para ser clase, podrá pasar á la escuela de aplicación de clases.» Si el servicio que le correspondiera fuese de seis meses, es claro que no le quedarían más que dos meses, pero si fuera de dos años, es decir, aquellos dos quintos de las clases en el primer año, entonces tendrían todavía veinte meses por delante. En la escuela de aplicación, supongo,—no está en el proyecto,—pasarían por lo menos recibiendo la instrucción un año. Si es menos, si es más, desearía que el miembro informante de la comisión en minoría me diera el dato... Pongamos un año... Pongo un año porque se trata de clases americanas; en Alemania es de dos á tres años. Al año saldrían como cabos, como dice el proyecto (es la única gerarquía en que pueden salir); al año y cuatro meses vendrían á ser cabos segundos. Quiere decir que en el mejor de los casos, no podrá ser cabo sino después de diez y seis meses de servicio, quedándose ocho meses más como conscripto.

Pero no, señor presidente. Estoy en

todos los detalles del proyecto. El que vaya á la escuela de aplicación de clases tendrá que firmar un contrato por cuatro años.

Bien. El cabo egresado de la escuela de aplicación de clases, necesita un año para ser cabo 1.º, dos años para ser sargento 2.º, y otros dos para ser suboficial ó sargento 1.º Total, se necesitan seis años cuatro meses para ser suboficial y la contrata se hace sólo por cuatro años. Nunca dentro del cumplimiento del contrato el proyecto ministerial podrá proveer de clases superiores á la de cabo 1.º, y eso, para aprovecharlas por poco tiempo.

De aquí se desprende, que por la importancia que los profesionales dan á esta clase de cuadros de suboficiales, una vez que el poder ejecutivo se deshiciera de esos cuatro mil veteranos que en buen hora vendrán á salvar medianamente el proyecto ministerial, una vez que estos cuatro mil veteranos, repito, hubieran desaparecido de las filas ¿qué quedaría? Simples cabos, señor presidente: quedaría algo informe, algo inconsistente, nunca nada que pudiera decirse que representa la solidez ni la consistencia y la cohesión tan necesarias.

Para concluir esta parte de los cuadros, ilustrando la opinión de la cámara, me he de permitir leer el más modesto tal vez de los autores militares, que ha de ser conocido de la minoría de la comisión.

Es un libro escrito por el capitán Gilbert. Supongo que éste no será anarquista, señores miembros de la comisión. *(Risas.)*

Las palabras que voy á leer retratan fielmente la situación que yo he querido dejar sentada en lo referente á este punto importante de los cuadros.

El capitán Gilbert es un distinguido oficial de estado mayor: no es una vulgaridad; fué mayor de la promoción del 77 del ejército francés.

En el curso de los debates parlamentarios, en Francia, muchas veces se han recordado las palabras del ilustre Gambetta, hombre político, y que, en un caso análogo al que se encuentran los señores miembros de la comisión en minoría ha de haber tenido eminencias del ejército francés que le dieran los datos y los elementos de juicio para sostener los proyectos militares en la cámara de representantes. Decía: «La cuestión de los suboficiales es una cuestión de vida ó muerte para el ejército, una cuestión sobre la cual no es permitido transigir.

Es preciso que ante todo el reclutamiento de los suboficiales sea asegurado. Si por desgracia se estableciese el servicio de tres años (se trataba de reducir el servicio de cinco á tres)—antes de haber asegurado el esqueleto del ejército—el armazón, es decir, lo que constituye la solidez y la resistencia en tiempo de paz, el nervio y el vigor en tiempo de guerra,—se tendría un rebaño, nunca un ejército.»

Lo que Gambetta decía tan elocuentemente todo el mundo lo piensa, pero sin tomarse el trabajo de profundizar la cuestión.

«Se conviene, agrega, en que siendo el ejército, una escuela donde pasan los contingentes incesantemente renovados, es preciso asegurarle este personal de instructores experimentados, y de edad madura que puede solamente realizar la instrucción intensiva; y aunque las masas de las reservas adquieran menos cohesión en un período abreviado bajo banderas, es tanto más indispensable aumentar la solidez de los cuadros.»

Supongamos un instante que los reenanches no funcionen — esto no es sino la realidad á que podemos llegar — y que todos los suboficiales dejen las banderas, después de los años reglamentarios de servicio. Y aquí debo hacer esta observación: hoy hay una ley en Francia por la cual se establece que ningún ciudadano obligado á prestar servicios en las filas puede ser clase, prescripción que rige igualmente en Alemania, como dije anterioremente.» Nombrados cabos después de un año y suboficiales al cabo de dos servirán un año solamente en este último grado pasarán en seguida seis años en la reserva. Cada año la totalidad de los suboficiales, reclutados exclusivamente en la clase más antigua, saldrá con esa clase.»

«Del punto de vista de la instrucción, esta renovación anual é integral de los cuadros de subalternos dejará á los oficiales una tarea aplastadora.

«¿Los suboficiales recientemente promovidos pueden, en rigor, mandar sus medias secciones al cabo de dos años de servicio, pero todavía no son instructores; en su tercer año apenas se ponen al corriente de los métodos, de las progresiones y de las tradiciones, y dejarán el cuerpo en el momento preciso en que empezarán á ser útiles.»

Esto es lo que pasará con el proyecto ministerial también.

Continúo. «No sabríamos repetirlo bastante que se puede formar soldados de todas las armas en tres años; aunque para obtener este resultado necesitemos un número de instructores suboficiales muy especiales; del punto de vista de la solidez de las tropas en campaña, la mitad de los cuadros subalternos, en la unidad organizada está compuesta de reservistas.»

Esto en cuanto á este autor militar, que si lo he mencionado, es porque indudablemente he encontrado en su fondo un juicio exacto de las cosas, lo que también puedo comprobar con mi experiencia personal que, si no estoy en error, me permite tener criterio propio.

En mi corta pero accidentada vida militar, he hecho de infante, he sido un mediocre oficial de artillería y hasta he dragoneado de marino, sirviendo tres años en la escuela naval. No creo, tampoco, señor presidente, que sea necesario haber entrado en el fuego para tener la experiencia de la guerra. Creo que todos podemos tenerla, si bebemos los principios de ella en las buenas fuentes; si llegamos en los campos de maniobras á hacer el aprendizaje, hasta donde es posible parecerse á la realidad de la guerra.

Bien, señor presidente: en mi corta pero accidentada vida militar, repito, he combatido con tropas de línea, con tropas que han sido de línea y se han podido considerar como colecticias; con guardia nacional instruída militarmente y he sido vencido con milicias sin instrucción.

Vamos á ver la consecuencia que yo saco de este pequeño aprendizaje.

Joven, salido de Palermo con toda las teorías en la cabeza, no tenía otro criterio que el de los libros. No creía entonces que un batallón pudiera pelear sin estar alineado como tabla; no creía tampoco en la eficacia de la guardia nacional si no maniobraba y evolucionaba como lo hacía la compañía de Palermo, en que yo había aprendido. Y hago este recuerdo, porque era la observación constante que el jefe que tuve en mi primer campaña, el malogrado coronel Carlos Paz, me decía: Vea, alférez, todo ha de marchar bien; lo único que no pasará y que no podrá usted ver, es que estas tropas de guardia nacional vayan á la pelea como tabla, como lo haría la compañía de Palermo, en caso de que tomara parte en la acción; pero ya verá que cuando yo la mande, y tenga á usted á mi lado, si no ha de

marchar hacia el enemigo con esa cuadratura, ha de ir, aunque sea como gallinas al maíz. (*Risas.*)

Bien, señor presidente, era el 5 de octubre del 74; estábamos en Córdoba; formaba parte del ejército llamado del norte, á las órdenes del entonces coronel Roca, hoy presidente de la República; tenía á sus órdenes este distinguido general cuatro ó cinco cuerpos de línea, además de muchos guardias nacionales. Estábamos siempre en contacto con el enemigo, que era el general Arredondo; cuando éste se aproximaba á su base de operaciones, es decir, se iba hacia Mendoza, el general Roca lo seguía; cuando venía de Mendoza hacia el litoral, el general Roca se retiraba, de manera á estar en constante contacto con él y, al mismo tiempo, á dar tiempo á los guardias nacionales que recibieran la instrucción necesaria para presentar batalla oportunamente. En estas idas y venidas, pareció que el general Arredondo avanzaba decididamente hacia el litoral; entonces, en la retirada de Río Cuarto, fué desprendido el coronel Paz, á cuyas órdenes estaba yo como ayudante, de Villa María á Córdoba, con dos batallones de guardias nacionales, en la esperanza de encontrar en la ciudad de Córdoba los elementos necesarios para defenderla, en el caso de que el general Arredondo, en vez de seguir al litoral, se le ocurriera desviar su movimiento é ir á convulsionar la provincia de Santiago del Estero y las demás del norte.

Efectivamente, el general Arredondo, en vez de seguir hacia el litoral, en cuya dirección se retiraba el general Roca, se dirigió á Córdoba, de manera que á los ocho días, más ó menos, de estar el coronel Paz en Córdoba organizando la defensa, (hizo con los durmientes que sirvieron para la construcción del ferrocarril del Norte, que entonces estaba en Quilino, una trinchera formidable, como para resistir el empuje de enormes ejércitos), se presentó ante la ciudad el general Arredondo, con todo el prestigio de su capacidad militar. Claro: se produjo allí lo que era de esperar: un poco de pavor en los ánimos, entre los ciudadanos. Llevaba 750 á 800 hombres de línea, veteranos, y eso influía más para hacer creer á los que estaban adentro, que eran en número más ó menos de 2.500 guardias nacionales con instrucción como de ocho días, que jamás se podría resistir á su empuje.

Todas las medidas estaban tomadas

para la defensa. Se aproxima el general, tiende sus líneas, sale el coronel á hacer un reconocimiento y yo detrás de él. Me dice que el jefe que está con la pierna cruzada es el general Arredondo, cuya figura se distinguía bien desde unas cuatro cuadradas de distancia á que nos habíamos aproximado. Tenía de 700 á 800 hombres, por más que los ciudadanos que habían sido enviados á conferenciar con él decían que eran como 2.500. «Bien; me dice el coronel: ya hemos terminado nuestra misión; regrese usted á su puesto; deje por un momento de ser mi ayudante y tome el mando de la pieza de artillería (la única que teníamos para la defensa) y el mando de la trinchera á donde está colocada». Efectivamente, eran un cañón viejo con un montaje que sonaba más que una carreta tucumana, y 80 ciudadanos de todas las clases sociales cubiertos detrás del parapeto, cerraban la calle de San Jerónimo. Miré hacia todos los lados; vi al general Arredondo á cuatro cuadradas de distancia tendiendo sus columnas de muro á muro: dos compañías del 10 de línea y un regimiento de caballería de línea desmontado, todos con remington. Nosotros teníamos fusiles de cargar por la boca.

Yo estaba allí teorizando tal vez, y aun no había llegado el momento de perder el tino. Miré las caras de mis soldados. ¡Es claro! habían pasado una noche de excitación y participado de las incertidumbres en que se encontraba la población, observé que la mitad por lo menos de mis soldados no tenían bayoneta. Entonces les digo: «Bueno, muchachos (no conocía el nombre de ninguno de ellos), debiendo resolverse esto, en el último extremo, con la punta de la bayoneta, todos los que no la tengan repártanse igualmente súbanse á esta azotea á la derecha, y á esta otra á la izquierda quedando las demás en la trinchera. Todos se miraron la cara. Y como yo no era hombre de prestigio, ni conocido, se dirían: este pobre alférez está teorizando, y... nadie siguió el consejo. (Risas.) No me quedaba ya más que un solo... ¿cómo se llama? ¿como llamó el señor miembro de la minoría á los combatientes? El ha democratizado y diluido tanto...

Sr. Coronado—Un soldado instruido y apto para el servicio.

Sr. Falcón—No, ese no era el término.

Ah! recuerdo... *unidad de combate*...

Quedé con mi propia unidad de combate... (Risas).

Sr. Coronado—El señor oficial era apto é instruido.

Sr. Falcón—Era demasiado incapaz para dar valor y consistencia á ochenta guardias nacionales que jamás habían recibido instrucción, y si la hubieran recibido no se habrían conducido en la forma que acabo de mencionar. Pero si en vez de esa gente, el simple alférez Falcón, sin prestigio militar de ninguna clase, hubiera tenido diez soldados veteranos á su lado, los habría repartido convenientemente, y ¡arriba... á la azotea! Y habrían subido como lo habría ordenado tanto los veteranos como los milicianos entre ellos mezclados.

Pero sucederá siempre lo mismo: cumplirá con su deber aquel que ha aprendido á cumplirlo.

«Ya no me queda más que el cañón,—pensé—y mis pobres artilleros, que yo con el comandante de guardias nacionales señor Bernardo Peña, ciudadano de Salta, había instruido solamente para manejarlo. Había cargado el cañón con una bala de doce, y entonces dije: Arderá Troya: no tengo más que esto; el enemigo, valiente y audaz como es, se me va á venir encima; no me va á dar tiempo... los guardias nacionales no me van á servir para contenerlo; no tengo tiempo más que para disparar un tiro... le meto un tarro de metralla entonces, y aunque reviente el cañón, por lo menos habremos hecho lo posible.»

Sr. Santa Coloma—¿Eran guardias nacionales los artilleros?

Sr. Falcón—Guardias nacionales instruidos por mí y el comandante señor Peña, en ocho días de preparación.

Sr. Santa Coloma—Era para saber si también disparaban...

Sr. Falcón—Bien, señor presidente: con la mecha encendida, pronto á hacer fuego, providencialmente, como si se hubiera sabido lo que más convenía á nuestro juego, llega una orden del señor gobernador Rodríguez, diciendo: «Ayudante, no haga fuego; la plaza se ha entregado.»

Esto es todo lo que se puede hacer con tropas no instruidas.

Volvimos de Córdoba al ejército del norte bajo la impresión penosa de que por razones políticas ú otras completamente ajenas al orden militar, la plaza se había entregado, y nosotros, los pocos que podíamos haber servido de algo, como profesionales, creíamos que

necesitábamos en el primer campo de batalla la vindicación de una conducta respecto de la cual ninguna responsabilidad teníamos. Llegó el coronel Paz del ejército del norte, tomó el mando de la brigada compuesta de un batallón como de línea, llamado Rosario, de un batallón semi de línea compuesto de tropas de Santa Fe, que se llamó San Martín, y de un batallón de guardias nacionales en instrucción que constituyó el 2.º de Córdoba. Había, pues, de las tres clases de tropa que podía haber en una campaña.

El coronel, mi jefe, me dice:

—Tome la compañía de cazadores del 2.º de Córdoba, teoricé, instrúyala como si fuera la compañía de Palermo.

Dos meses de instrucción intensiva, recibida desde el capitán hasta el último soldado, pues ninguno había servido jamás,—dos meses de instrucción por la mañana, después del almuerzo, á la media tarde, á la tarde, de noche muchas veces, llegué á este resultado, con esta compañía con la que yo pensaba ilustrar mi nombre: ponerla como tabla, como dicen los militares; maniobraba como un trompo, hacía proezas de evoluciones con aquella práctica de instrucción de parada, que desgraciadamente todavía no se ha abandonado lo suficiente en el país; podía en fin hacer con aquella compañía lo mismo que habían hecho nuestros capitanes con la compañía de Palermo: tiro, maniobras, marchas de resistencia, formación unida, y sobre todo, lo que llamamos guerrilla, instrucción de tiradores todo á la perfección.

Llegó el día de la batalla. Como es sabido, antes de darla el general en jefe hizo un movimiento de flanco, tomo al enemigo de revés, como se deben tomar las fortificaciones.

Y aquí me llegaría el momento de indicarle á la minoría de la comisión que siendo como una fortificación la cordillera, difícilmente se podría tomar de frente, sino de revés.

Hubo necesidad de tomar la posición de revés; por consiguiente, fué necesario hacer un movimiento de flanco.

El general en jefe iba á la vanguardia la que había pasado ya un puente. Pero con el movimiento de la tropa el puente se había destruido, y entonces el centro y la brigada del coronel Paz que venía á formar la izquierda del ejército, interrumpida la marcha, había sido detenida un momento. Se estaba componiendo el puente para que pasara la

artillería, detrás de la cual venía nuestra brigada.

En esto aparece á la izquierda, como á ocho ó diez cuadras de distancia de la columna, una fuerza de caballería como de 200 plazas.

—Ayudante Falcón,—me dice el coronel Paz,—salga con su compañía, que va á iniciar la batalla.

—Perfectamente, mi coronel.

—Yo voy á dirigirlo con la corneta, agregó.

—Perfectamente.

Atención y dispersión. Toda la compañía se desplegó: ochenta hombres perfectamente colocados. A ocho cuadras del enemigo, estábamos teorizando como en Palermo: un despliegue correctísimo, yo al centro, como marcaban los reglamentos de entonces, seis pasos, creo, á retaguardia de la cadena.

En seguida, atención y marcha adelante. Marchamos como cuatro cuadras adelante, correctísimamente bien. Se movía poco la caballería.

Antes de entrar al monte, alto y fuego á pie firme.

La caballería, aunque con dificultad, iba viniéndose sobre miguerrilla,—y el fuego de ésta de ninguna manera podía contener su marcha, la puntería era mala, y peor hubiera sido si la caballería hubiera hecho fuego (*Risas*). El teórico alférez miraba á derecha é izquierda y veía lo que es natural en la guerra que y lo había leído en la Escuela del Oficial por el coronel Moreno, sobre el efecto del miedo aunque no le había dado toda la importancia verdadera que tenía. Pues, bien, aquella guerrilla, tan artísticamente desplegada la ví de repente formarse en distintas agrupaciones; cada individuo buscaba el reparo del otro, lo que me obligó á recorrerla, disolviendo los grupos porque no era posible pelear en esa forma, desde que se me había mandado desplegar. Entonces, como la única unidad de combate profesional que había entre aquellas ochenta unidades de combate democráticos, como las llama la minoría de la comisión, era yo, corro de derecha á izquierda y trato de despararrar aquellos grupos para cumplir lo que se me había ordenado, de desplazar en guerrilla. Pero cuando venía de las alas y volvía á situarme al centro veía que los grupos se me habían formado de nuevo! (*Risas*). En fin, para decirlo todo de una vez, agregaré que esto no me hubiera pasado, que no habría tenido que estar en esta agitación

constante, de correr de derecha á izquierda, diciéndoles: no sean flojos; hagan lo que les he enseñado desde hace dos meses; todavía no hay razón para asustarse; yo estoy aquí y voy á salvarlos (*Risas*); yo sé cuál es el remedio para evitar la carga de esa caballería; los que no me sigan se van á perder completamente. ¡Nada, señor presidente! Renuncié á la dispersión de los grupos y me coloqué en el centro de la guerrilla tranquilamente.

Entonces, me dije: mi tropa está asustada... Seguramente no me habría pasado esto si entre los ochenta soldados hubiera tenido lo que establece el sistema alemán; es decir, estas columnas de veteranos convenientemente intercaladas; si hubiera tenido siquiera diez soldados avezados, de esos desgraciados, de esos mercenarios, inmorales;—qué me importa!—hubieran dado ánimo y consistencia á aquella tropa. ¡Pero no! Desde el primero hasta el último soldado ninguno lo era en realidad: no contaba con más unidad de combate, que una: la mía. Pronto me di cuenta que aquella tropa, inmediatamente que tuviera la caballería encima, por la razón natural de disparar en sentido opuesto al del peligro, dispararía para atrás y en un espacio de cuatro cuadras que la separaba de la columna, sería sableada en la parte limpia de la llanura, antes de haber podido ser protegida.

Entonces el teórico, que todavía no había perdido la serenidad, porque no conocía el peligro—hoy tendría miedo de estar en una situación análoga—les dijo: Sé que aunque toque izquierda y fajina no la van á cumplir porque están asustados; pero sepan que el primer movimiento que voy á mandar es correr á la izquierda. Todos los que quieran salvarse, se salvarán conmigo, siguiéndome. A veinte ó treinta pasos á la izquierda había un pequeño monte de chañares, y me dije: cuando la caballería me apure y no pueda contenerla con mi fuego—porque no mataba á nadie! (*Risas*)—me corro al monte; me meto dentro de él y allí no hay caballería que valgal.

Me daba vuelta á ver si al coronel se le ocurría alguna maniobra que me hiciera salir de aquella situación desesperada; pero el coronel no indicaba nada; la corneta permanecía silenciosa. Iba á mandar el movimiento de replegarse á la izquierda cuando ví felizmente que una fuerza de caballería de línea venía en mi socorro. Era el regimiento de

caballería de nueva creación, mandado por el entonces comandante Cárcova. Esta caballería de línea vino á salvarme! Avanzó y dobló á la caballería enemiga que yo no había podido contener con mi fuego.

Aquí faltaron los cuadros, y repito con la sinceridad que debo á la cámara y al cargo que desempeño, que creo que esto volverá á suceder una y mil veces, á las milicias, por más instruidas que sean; y no podrán estar mejor, sin duda, con relación á los reglamentos que regían entonces.

Me mandan replegar; llego á la reserva.

El cuento es un poco largo; pero es interesante, porque viene al caso, más que los autores mismos, porque él revela nuestra índole, nuestro modo de ser.

Me repliegan.—Coronel, le digo á mi jefe, no haremos buena figura con esta guerrilla. Hágame el servicio, si no quiere verla sableada, de mandarme pelear al enemigo, en cualquier momento, pero en formación unida; no tengo oficiales, y desde el capitán hasta el cabo improvisado, ninguno ha respondido á mis esperanzas.

Bien: el movimiento de la columna continúa, llegamos á la retaguardia del enemigo y nos tendemos en línea, en este orden: batallón 2.º Córdoba, batallón San Martín, batallón Rosario, que era como de línea, pues tenía la misma solidez que el batallón Guardia Provincial de Buenos Aires que todos conocimos.

Desplegó la brigada como á seis ó siete cuadras del enemigo; unas proclamas de práctica y las bandas de música hacían sonar sus aires. Francamente, aquello parecía estar en la gloria, en medio del fragor del combate todos vivaban al jefe y á la patria!

Se manda cargar avanzando y haciendo fuego, siempre que pudiéramos. Cargamos, los tres batallones en batalla. Cargamos con el batallón 2.º de Córdoba, con esos cordobeses que quería vindicar mi querido y malogrado coronel Paz. Llegamos á la zona peligrosa, á los fuegos, como se llama, es decir, á 300 ó 400 metros del enemigo que, armado de remington, hacía fuego incesante sobre nuestra línea. El batallón San Martín, del centro, medianamente instruido ya, porque había sido veterano, y el batallón Rosario, por supuesto, siguieron adelante como si fueran de línea, porque tenían jefes, oficiales y soldados de corazón bien puesto como todos los de

la brigada, pero avezados á las crisis del combate. Pero ese batallón 2.º de Córdoba, cuyo jefe solamente, y tal vez algunos oficiales que no recuerdo, eran profesionales, al llegar, como digo, á la zona peligrosa de fuego, se plantó, quedó clavado allí como la estatua del comendador. (*Risas.*)

Era seria la situación del batallón dentro de esa zona, donde caían las balas como granizo, y, efectivamente, á cada momento se producían claros en las filas. Se produjeron las contracciones de los flancos hacia el centro, lo que dió por resultado que se formara de aquellas filas, una masa humana, una masa petrea, de tal manera, que los que estaban al lado de la bandera no podían resistir esa presión, tan enorme era. Entonces, sin que la bandera abandonara su puesto de primera línea, sucedió que los que estaban á su derecha y á su izquierda iban formando un batallón de flanco en el centro. El único profesional, cuyo nombre no recuerdo en este momento y que señalaré con el seudónimo que tenía, tambor Madeja, cansado de tocar á la carga y viendo que los cordobeses no se movían, tiró la caja y empezó á desparramar á aquellos soldados... de cualquier manera. (*Risas.*)

Vino el general en jefe del ejército, proclamó á aquella tropa y no se movió. Vino también el coronel Paz, abandonando las operaciones de su centro y de su izquierda. El general Roca los alienta, diciéndoles ¡adelante! ¡Si perdéis vuestra bandera, los colores de mi poncho os servirá de enseña! Y les mostraba un poncho azul y blanco que llevaba puesto.

No; todo el mundo abandona la idea de hacer marchar aquello.

—Ayudante Falcón, me dice el coronel Paz, vaya usted y dé tales y tales órdenes.

Se fué el general Roca para ordenar una operación á otros batallones inmediatos, lo que hizo cesar el fuego del enemigo sobre el batallón 2.º de Córdoba. Entonces ya no había allí peligro; ningún soldado caía: se apercebieron los soldados de que, caminando hacia adelante, podían ya ir impunemente. Y recién entonces se realizó aquello que me había dicho el coronel Paz (que todos sabemos había sido un distinguido jefe de línea, y en aquél momento coronel de guardias nacionales); apercebiéndose el batallón de que no había ya enemigo al frente, por lo menos que hiciera uso

de sus armas, se derramó adelante, en una línea en forma de herradura... como gallinas al maíz, efectivamente. (*Risas.*)

Consecuencia: allí faltaron capitanes de compañía, faltaron sargentos y cabos, faltaron veteranos; serían trescientos soldados, pero ninguno se había encontrado en situación semejante, y el resultado no podía ser otro.

Otro caso. Me manda el gobierno á organizar la compañía de cadetes navales, como capitán de ella; y aun cuando hubiera sido contra mi voluntad, tenía que darme cuenta de lo que es la escuadra moderna. Desempeñé esta función durante tres años. El año 79, con motivo del asunto de la *Jeanne Amelie*, el gobierno tuvo necesidad de mandar inmediatamente una división de la escuadra á desalojar á los chilenos de Santa Cruz, porque se tenía noticias de que habían izado su bandera en aquel punto.

Pues bien: á aquella división, compuesta del acorazado *Los Andes* de la cañonera *Constitución*, y de la cañonera *Uruguay*, en que funcionaba la escuela naval, el con efectivo de paz de sus cuadros veteranos, le bastó cinco días para almacenar el carbón y los víveres necesarios, y uno que otro elemento de refuerzo de su personal, poniéndose en condiciones de marchar hacia el enemigo.

Marchamos. Es natural: si hubiéramos encontrado al enemigo, la escuadra hubiera cumplido con su deber: es su tradición y teníamos en las tripulaciones la cohesión y entereza que da una organización adecuada, con cuadros y efectivos de paz convenientemente instruidos y que habían sido reforzados.

Vienen los acontecimientos del año 80. Me designan para mandar la artillería de la defensa de la capital. Era más que halagador para un modesto capitán, mandar veinte y cuatro piezas de artillería Krupp; pero yo le decía al ministro. Yo no me animo; es superior á mis fuerzas la tarea; no tengo con qué formar un regimiento, con el enemigo al frente.

—No, capitán — me contestó — usted tendrá todos los elementos necesarios, porque es de suponer que dentro de los cuerpos de vigilantes y bomberos habrá soldados, cabos y sargentos que han de haber sido de línea.

Bajo esa base, acepté. Efectivamente, algunos artesanos trajeron al cuartel del Parque las veinticuatro piezas: en-

seguida llegaron los sargentos, que habían sido de línea; y entonces, con la ayuda de dos ó tres oficiales profesionales, como lo era el actual general Barilari, agregados á otros cinco ó seis también profesionales y cadetes de marina, como Rojas, Medrano, Eizaguirre Saenz Valiente, Zorrilla y otros. Con esa base pudimos en diez días organizar un regimiento que el 21 de junio, es decir, á los diez ó doce días de formado, por lo menos cumplió con su deber é hizo todo lo que era posible, de acuerdo con el tiempo que había tenido y los medios que se le habían proporcionado para batirse.

Para terminar diré que cuando se pelea con tropa de línea, el oficial no tiene que estimular su acción; pues más bien tiene que contener su ardor y su entusiasmo.

Bien, pues; ante estos hechos que me da la práctica y la observación en mi corta vida militar, ¿cómo puedo creer que el poder ejecutivo pueda llegar á organizar un cuadro de ejército sin tener de antemano un núcleo veterano que le sirva de base, núcleo relativamente fuerte á la vez, para que, si el caso llegara, pudiera, prescindiendo de otros servicios internos, llegar á contener al enemigo en la línea de fronteras? ¿Cómo puedo creer que sirva para algo un ejército que no va á tener clases, que no es posible tenerlas á no ser que se venga á echar mano de los recursos que proporciona el proyecto de la mayoría? Entonces, creo que para semejante perspectiva vale más la ley actual de reclutamiento, que ofrece y ofrecerá al gobierno más medios para el desenvolvimiento y mejor organización del ejército, tanto para la paz como para la guerra.

He dicho. (*Muy bien! Aplausos.*)

Sr. Lacasa—Hago moción para pasar á cuarto intermedio.

—Apoyalo.

Sr. Sánchez—Pido la palabra.

Sr. Presidente—Antes debe votarse la moción formulada.

—Se aprueba la moción del señor diputado Lacasa y la cámara pasa á cuarto intermedio.

—Vuelto á sus asientos los señores diputados, continúa la sesión.

Sr. Presidente—Tiene la palabra el señor diputado por Corrientes, que la había pedido antes del cuarto intermedio.

Sr. Sánchez—Yo había pedido la palabra en el concepto de que el señor ministro no hiciera uso de ella en esta sesión, y es por eso que dejé pasar algún intervalo, dando lugar á que él la solicitase, porque parece que después del discurso pronunciado por el señor diputado Falcón le correspondería al señor ministro el uso de la palabra, por ser precisamente el autor del proyecto sostenido por la minoría de la comisión.

Así es que yo no tendría ningún inconveniente en ser deferente y cedérsela al señor ministro, si cree que debe hacer uso de ella.

Sr. Ministro de la guerra—Tomaré la palabra cuando lo crea oportuno, señor diputado.

En todo caso, señor presidente, el poder ejecutivo no rehuirá el debate de su proyecto, y está dispuesto.

Sr. Presidente—Si me permite el señor ministro...

Entiendo que el señor diputado ha querido usar de una deferencia hacia el señor ministro, siempre que él deseara hacer uso de la palabra antes de la oposición que el señor diputado por Corrientes se dispone á hacer al proyecto.

Sr. Ministro de la guerra—En ese caso, no tengo nada que agregar y agradezco al señor diputado su galantería.

Sr. Sánchez—Señor presidente: esta cuestión ha sido encarada más del punto de vista militar que bajo otro cualquiera; este asunto se ha dilucidado más por los conocimientos suministrados por la técnica militar, diré así, qué tomando en consideración su faz constitucional.

Este asunto de la cuestión militar no es la primera vez, señor presidente, que ha sido traído á la consideración del Congreso argentino. En 1872 se discutió también el asunto, como lo hizo notar el señor miembro informante de la minoría de la comisión, recordando la opinión del diputado doctor Gallo y las contestaciones que la opinión de ese diputado mereció. Posteriormente, el año 1893, y después el año 1895, se suscitó la misma cuestión constitucional; y parece, señor presidente, que la idea de la conscripción ha venido haciendo su evolución hasta consagrarse por una ley del congreso este principio del servicio obligatorio.

Esta es una cuestión, señor presidente, que debe discutirse nuevamente, á pesar de las discusiones anteriores, porque creo que todavía no existe una conciencia clara y definitiva sobre ella.

El señor diputado miembro informante de la minoría nos decía que el proyecto patrocinado por esa minoría y emanado del poder ejecutivo, es un proyecto que se encuadra perfectamente en la constitución. ¿Pero cuál es el propósito de ese proyecto? Se propone determinar la forma de reclutamiento para la formación del ejército de línea, trata de determinar la forma cómo se ha de organizar ese ejército y finalmente se propone determinar la forma cómo se ha de instruir la guardia nacional, es decir, la milicia de los estados.

De manera, pues, que el proyecto del poder ejecutivo abarca todos los aspectos del asunto militar, tanto desde el punto de vista de la ciencia de la guerra, como del punto de vista de la constitución.

Y digo también del punto de vista de la constitución, porque señala la forma cómo se ha de instruir la guardia nacional, la milicia de los estados, que es un punto ya perfectamente previsto por la misma constitución.

Señor presidente: ¿qué es ejército y qué es milicia? La constitución trae estos dos conceptos: fuerza de línea de mar y tierra y milicia de los estados.

La fuerza de línea de mar y tierra en tiempo de paz y en tiempo de guerra, creo que es el ejército de línea al cual se refiere el proyecto de la minoría, y la milicia es el conjunto de ciudadanos que tienen el deber de defender la patria y la constitución en ciertas emergencias.

Voy á detenerme, señor presidente, sobre la cuestión milicia, para en seguida pasar al ejército de línea.

La milicia es definida en Norte América y entre nosotros como el pueblo mismo, armado; los ciudadanos aptos para llevar las armas, para cargar un fusil y defender la patria y la constitución.

Pero esta milicia no es un ejército actual, no es un ejército permanente. Esta milicia es un ejército eventual; es un ejército que se puede ver sólo en ciertas emergencias.

No se ve ese ejército, porque los milicianos no usan uniforme en la paz, ni se les ve tomar un fusil sino cuando las exigencias públicas lo requieren, en los tres casos únicos previstos por la cons-

titución: cuando se trata de hacer cumplir las leyes del progreso; cuando se trata de contener insurrecciones internas y cuando se trata de repeler invasiones. Y la constitución no puede referirse sino á invasiones exteriores, á una guerra nacional, supuesto que la misma constitución dice en uno de sus artículos que la invasión de una provincia á otra se considera sedición, y, por consiguiente, se encuentra en el segundo caso previsto por el inciso 24 del artículo 67 de la constitución.

Es en estos tres casos que puede hacerse visible por medio de las armas y del uniforme este ejército de milicianos, y por eso nos decía el señor miembro informante de la minoría, aceptando la definición de Webster, que es el conjunto de ciudadanos armados en ciertas emergencias, es decir, en los tres casos de nuestra constitución, que son también los tres casos de la constitución norteamericana.

De modo, pues, señor presidente, que propiamente, en épocas de paz, cuando todas las leyes de la República se cumplen, cuando no hay ninguna insurrección, cuando no hay ninguna guerra nacional, no existe ejército de milicianos, no existe ejército de guardia nacional; existe solamente la institución de la milicia representada por todos los ciudadanos de la República ocupados uno en la labranza de la tierra, otros en los talleres, otros en sus estudios, en fin en todas las ocupaciones ordinarias de la actividad humana. Ese es el ejército y esa es la milicia por la constitución de la República como por la constitución de Norte América, que ha sido nuestro modelo. Nosotros no hemos hecho más que implantar en nuestro país la constitución americana.

Pero, señor presidente, si la milicia está representada por todos los ciudadanos, ¿cuál es el deber de ellos? El artículo 21 de nuestra constitución dice que todos los ciudadanos tienen la obligación de armarse en defensa de la patria y de la constitución, con arreglo á lo que establezcan las leyes del Congreso y los decretos del poder ejecutivo.

Tenemos que ver entonces cuáles son las leyes que puede dictar el Congreso, supuesto que en este artículo se dice que el congreso tiene facultad para dictar esas leyes.

En el capítulo de las atribuciones del Congreso se lee lo siguiente, en el inciso 23: «El congreso tiene la facultad de fijar las fuerzas de mar y tierra en

tiempo de paz y en tiempo de guerra». Y el inciso siguiente, el 24, establece que el Congreso tiene la facultad de movilizar las milicias de los estados en los tres casos á que me he referido anteriormente.

Allí están, señor presidente, contenidas en esos dos incisos del artículo 67 de la constitución, todas las facultades del Congreso sobre la materia.

De modo, pues, que cuando pelagra la paz interior en caso de invasión, en caso de guerra nacional, allí ha previsto la constitución la facultad del Congreso de movilizar las milicias de los estados, y entonces se cumplirá aquel precepto del artículo 21, que dice que todos los ciudadanos se armarán en defensa de la patria con sujeción á las leyes del Congreso. La ley del Congreso habrá sido aquella que haya movilizad las milicias de los estados por peligros de la paz interior ó por sobrevenir una guerra nacional.

De manera que si alguna conexión tiene este artículo 21 con las facultades del Congreso, esa conexión es con lo que se refiere á la movilización de los ciudadanos, porque este artículo 21 habla precisamente de ciudadanos y el inciso 24 habla también de las milicias de los estados, que es precisamente el conjunto de los ciudadanos.

Pero si los ciudadanos son los milicianos, si están revestidos constitucionalmente de ese carácter, ya sea para hacer cumplir las leyes de la nación, en los casos que sea necesario, ya sea en el caso de ir á contener una invasión ó ya sea en el caso de defender á la patria en una guerra nacional, yo pregunto: en tiempo de paz, que es mucho menos que en tiempo de guerra, ¿podrán ser despojados de ese carácter constitucional de milicianos? Si en tiempo de guerra, de invasión exterior han de ser convocados los ciudadanos con su carácter constitucional de milicianos para defender la patria en una situación suprema, la situación de guerra, ¿podrán ser los ciudadanos, en tiempo de paz, despojados de ese carácter constitucional para ser sometidos á las filas del ejército de línea? (*Muy bien!*).

Señor presidente: esta es una cuestión muy grave y yo declaro que vengo con toda la sinceridad de mi alma á decir lo que pienso, porque veo que los principios de la constitución están comprometidos en este debate.

¿Qué es el ejército de línea, señor presidente? Ese ya no es el ejército

eventual; ese es el ejército efectivo de tiempo de paz como de tiempo de guerra también; ese es el ejército permanente de la República. Ese es el ejército en que el Congreso tiene la facultad de fijar su efectivo, es decir, la facultad de señalar el número de plazas de que debe componerse. Esta es la facultad que tiene el Congreso acordada por el inciso que he recordado: fijar la fuerza de línea de la nación, es decir, fijar su efectivo, determinar el número de plazas con que ese ejército se ha de componer, para que, señor presidente, en tiempo de paz se destine al servicio de guarnición, al servicio de las fronteras, para ir á resguardar las fortalezas, si es que las tenemos, para cumplir los deberes militares de un ejército regular. El ejército permanente y actual, es, pues, el ejército de línea de la constitución.

Esa es también una institución constitucional, porque existe, porque está previsto el ejército de línea en ese inciso que he citado.

De manera, pues, que tenemos, leyendo con toda honradez intelectual los artículos de nuestra constitución, un solo ejército en tiempo de paz. El ejército eventual, no es ejército de paz, porque las milicias no son ejército, he dicho, mientras no sean movilizadas. Y yo digo, señor presidente: si el ejército de línea en tiempo de paz está destinado al servicio de guarnición y á los otros servicios á que anteriormente me he referido, ¿cómo debe componerse ese ejército, señor presidente? Aquí viene la cuestión del reclutamiento, uno de los capítulos, diremos así, del proyecto, tanto de la mayoría como de la minoría de la comisión. ¿Cómo debe ser formado el ejército de línea? Pero, señor presidente, si nuestra constitución no dice nada á este respecto ¿cuál es el deber que tenemos nosotros como legisladores, como representantes de la nación, para descubrir el medio de resolver este problema?

Señor presidente: si nuestra constitución es copia fiel de la americana, con pequeñas modificaciones, lo más natural, lo lógico, es dirigir la vista á aquella gran nación, que ha inventado este sistema federal, que no había existido nunca en el mundo; es ir á los debates á que dieron lugar los artículos de la constitución americana en la convención de Filadelfia, preguntarles á los convencionales qué pensaron sobre este punto en esa convención célebre, qué

han dicho Hamilton, Jay, Madison, todos los autores del Federalista, que son los comentadores, los padres de esa misma constitución.

Pero, señor presidente, cuando se tratan cuestiones de esta naturaleza, y cuando no hay en nuestro país ninguna solución, ninguna prescripción constitucional sobre la formación del ejército de línea, tenemos que recurrir, como digo, á aquella fuente.

Cuando proyectaron ese artículo autorizando al Congreso para formar y levantar ejércitos, los americanos, que estaban acostumbrados á sus milicias y que eran enemigos de los ejércitos permanentes de la Europa continental, á los que consideraba como los causantes de la muerte de las libertades públicas, y que eran considerados como los pilares en que se apoyaban las monarquías, tuvieron un temor profundo acerca de ese precepto que se pretendía incluir en el proyecto de constitución; y entonces les dijo Hamilton: No tengan miedo; el ejército autorizado por la constitución es un ejército pequeño, que nos sirve para mantener la tranquilidad pública interna, porque tenemos indios en el oeste y tenemos también fronteras en el Canadá y en el sur, y es necesario, antes que ir á arrancar á los ciudadanos de sus ocupaciones, tener este ejército de línea, este ejército permanente, pequeño, pero que será suficiente para hacernos respetar en los primeros momentos.

Voy á leer las palabras del federalista, escritas por Hamilton: «Antes de la revolución y después de la paz, se había necesitado constantemente el mantener pequeñas guarniciones sobre nuestras fronteras del oeste; nadie puede dudar que continuarán siendo indispensables, aunque sea para impedir los robos y las depredaciones de los indios. Estas guarniciones deben ser provistas por destacamentos accidentales de la milicia» (que no es el ejército permanente) «ó por cuerpos permanentes, pagados por el gobierno. Lo primero es impracticable, y si no lo fuera, sería pernicioso; la milicia, en época de paz profunda, no se sometería por mucho tiempo, si es que se sometía, á ser arrancada de sus ocupaciones y familias para llenar un deber tan desagradable; y si se la podía persuadir ó compeler á hacerlo, el aumento de gastos de una rotación frecuente de servicios, la pérdida de trabajos, y el desconcierto de las ocupaciones industriales de los individuos,

presentarían á ese temperamento objeciones concluyentes. Esto sería tan gravoso y perjudicial para el público, como ruinoso para los particulares. El arbitrio de cuerpos permanentes pagados por el gobierno, equivale á un ejército permanente en tiempo de paz, pequeño, es verdad, pero no menos efectivo por eso».

Aquí, señor presidente, el Federalista, por boca de Hamilton, como que eran los fundadores, ó los que habían inventado esa constitución, ya insinuaban al congreso, que se iba á formar bajo los auspicios de esa constitución, que debía formarse el ejército permanente pagado por el gobierno, dejando á los ciudadanos entregados á sus ocupaciones cotidianas. De manera que aquí se ve claramente que sólo el voluntariado, sólo el enganche era el único modo de realizar en la práctica las ideas de los constituyentes. Y eso se ha cumplido, y el criterio del Federalista, que ha servido para la sanción de esa constitución, es el criterio de todos los gobiernos y congresos que se han sucedido en aquel gran país.

Hubo un momento en que el presidente Jefferson quiso que la instrucción militar de las milicias se hiciera en una forma más ó menos parecida á la que propone la minoría de la comisión; pero cuando asomó ese propósito fué rechazado; desde entonces nadie se ha ocupado de establecer una forma de instrucción de milicias bajo la dirección y autoridad del gobierno de la nación.

Viene en seguida la instrucción. La constitución ha previsto eso, ha previsto la instrucción de las milicias, es decir, de los ciudadanos que componen el pueblo argentino, y ha dicho que las milicias serán instruídas por los gobiernos de provincia, sujetándose á las leyes dictadas por el Congreso; y cuando la constitución ha señalado la escuela donde han de aprender el manejo de las armas los ciudadanos de la República, no puede haber otra escuela que esa: la escuela provincial, con sujeción á las leyes nacionales.

Pero el proyecto patrocinado por la minoría de la comisión dice que las milicias nos darán un ejército que no será suficientemente instruído; nosotros necesitamos, se dice, que sean un instrumento de combate, no un ejército escuela como el proyectado por la mayoría de la comisión. Y no es verdad, señor presidente. El ejército escuela es

el proyectado por la minoría de la comisión. Se ve claro el pensamiento de hacerlo así, la minoría no tiene confianza en la enseñanza militar impartida en las provincias; hemos de enseñar, dice, á nuestros conciudadanos en el ejército de línea, y entonces se establece la obligación de todos los ciudadanos de pasar bajo banderas, por las filas del ejército de línea, para recibir allí la instrucción militar.

No es, pues, cierto, que el ejército de la mayoría sea el ejército escuela, sino el de la minoría de la comisión. Y lo es, porque allí se pretende que se ha de enseñar á los ciudadanos el manejo de las armas, y es un ejército que no es el de la constitución. El ejército ideado por la minoría de la comisión no es el ejército de que habla el inciso de la constitución referente á la fijación del efectivo del ejército. Es un ejército, señor presidente, de la imaginación ó del papel.

El verdadero ejército de línea es el que se compone de tantas plazas; y el ejército de la comisión es el ejército que se compone de todos los ciudadanos argentinos.

Voy á explicarme, señor presidente.

Dice la comisión: se compone el ejército de línea de todos los ciudadanos de veinte á veintiocho años, no importa que no estén en las filas; no importa que estén bajo banderas. El pensamiento es que el ejército de línea está en el pueblo.

En efecto, los ciudadanos que no están en las filas están en el pueblo, están entregados á sus ocupaciones ordinarias y en el seno de sus familias; sin embargo, esos ciudadanos ya son soldados de línea. Eso lo dice la minoría de la comisión.

Por consiguiente, ese ejército no encuadra, no entra, no puede caber en la constitución argentina. (*Aplausos. ¡Muy bien!*)

Sí, señor presidente, porque si á la minoría de la comisión se le antojara decir que el ejército de línea se compone de todos los ciudadanos, no de veinte á veintiocho, sino de veinte á cuarenta y cinco ó cincuenta años, serán también ejército de línea en el pensamiento de la comisión.

Sr. Demaría—Si la defensa nacional lo exigiera, lo diría.

Sr. Sánchez—Yo estoy hablando en el concepto de que vamos á fundar un régimen militar para ahora y para siempre; yo no estoy creyendo que es-

tamos dictando una ley de circunstancias, sino por el contrario, una ley permanente. Por consiguiente, el caso de guerra á que se refiere el señor diputado vendrá á su tiempo, y también está previsto por la misma constitución.

De manera, pues, que si caprichosamente, no por un principio, dijera la comisión que el ejército de línea se compondrá de todos los ciudadanos de tales edades, yo también diría: se compondrá de todos los ciudadanos hábiles, capaces de tomar un fusil en defensa de la patria. Y entonces tendríamos que el ejército de línea sería el ejército de la nación, y la milicia, con una sanción de esta clase, habría desaparecido completamente. (*¡Muy bien! Aplausos.*)

Dice el artículo 67 de nuestra constitución: «Autorizar la reunión de las milicias de todas las provincias ó parte de ellas cuando lo exija la ejecución de las leyes de la nación y sea necesario contener las insurrecciones ó repeler las invasiones».

Aquí tiene el señor diputado el caso de guerra.

En seguida dice: «Disponer la organización, armamento y disciplina de dichas milicias y la administración de la parte de ellas que estuviere empleada en servicio de la nación...»

Prevé también el caso de que las milicias fuesen movilizadas para las tres emergencias: guerra nacional, ejecución de las leyes de la nación y guerra civil «...dejando á las provincias el nombramiento de sus correspondientes jefes y oficiales...»

¿Por qué dejar á las provincias el nombramiento de sus correspondientes jefes y oficiales? Porque las milicias son de las provincias. (*¡Muy bien!*)

Y todavía para que no haya duda de que las milicias son de las provincias, agrega: «les corresponde el cuidado de establecer en su respectiva milicia la disciplina prescrita por el Congreso.»

Se comprende cuál ha sido el pensamiento de la constitución. Ha querido establecer la unidad de legislación, la unidad de enseñanza, porque estableciendo los métodos y las leyes referentes á la instrucción militar ha de ser siempre una instrucción igual en todas las provincias.

Bien, señor presidente, hasta este momento declaro que el proyecto sostenido por la minoría de la comisión no puede ser sancionado, porque la ley co-

rrería el riesgo, con esas cláusulas, de ser revisada por la Suprema Corte de la nación, que está encargada de conservar esta arca santa de la constitución.

Al presentar un proyecto de esta clase no se han fijado los miembros de la minoría de que si en Prusia, en Francia, se adopta este sistema de la organización militar, esos parlamentos no tienen ningún temor de que sus leyes sean ineficaces, sencillamente porque en la Europa continental los tribunales no tienen la atribución política de hacer respetar la constitución del país. (*Muy bien!*)

Los congresos de la Europa continental dictarán todas las leyes, por contrarias que sean á las constituciones respectivas, y los tribunales tendrán que sellarse los labios; no podrán decir nada porque no tienen esa función política, que es el invento más grande que han producido los yankees.

Y nosotros, señor presidente ¿hemos de arriesgar la sanción de una ley contraria á la constitución? Por eso decía que es esta una cuestión grave, una cuestión que debe obligar á los representantes de la nación á estudiarla con toda sinceridad, con todo recogimiento y con todo amor y veneración á la ley fundamental.

Cooley, un autor moderno de derecho constitucional, profesor de la universidad de Michigan, decía á este respecto: «El criterio de los tribunales, tratándose de una cuestión de constitucionalidad ó inconstitucionalidad de una ley, no es el mismo criterio que el legislativo. Los tribunales no pueden declarar inconstitucional una ley sino cuando la inconstitucionalidad es evidente; en caso de duda tendrán que aplicarla».

¿Por qué, señor presidente? Cooley lo dice; «porque es de presumir que los miembros del congreso, al sancionar las leyes, hayan procedido con suma sabiduría y con sumo respeto á la constitución que han jurado respetar».

De manera, pues, que es necesario que se presente con evidencia un contraste entre la ley y la constitución para que los tribunales declaren la inconstitucionalidad.

¿Cuál es el criterio del poder legislativo? Es todo lo contrario, precisamente porque sus leyes son respetadas y porque llevan en sí la presunción de constitucionalidad. Por eso dice Cooley que los representantes del pueblo deben tener la seguridad plena de que la ley que sancionan es una ley que encu-

dra en la constitución; en caso de duda no deben votar la ley; en caso de duda los tribunales aplican la ley, en caso de duda el congreso no debe dictar la ley. (*Muy bien!*)

Estos son los criterios que debemos tener muy presentes cuando se trata de estas leyes, que son las más graves que pueda dictar el Congreso, porque afectan á los ciudadanos, porque afectan á la libertad, porque afectan á la industria, porque afectan al comercio, porque afectan á todo.

Yo no tengo por qué citar, señor presidente, otros principios de la constitución; por ejemplo, el principio de la inflexibilidad de la constitución nacional.

La constitución no es un instrumento elástico. Cuando sus términos son claros no se les puede ensanchar; hay que tomarlos como ellos son; y cualquiera que sean las circunstancias por qué atraviere el país, ni el temor de una guerra nacional, ni otros peligros mayores y supremos que existan, jamás serían razones suficientes para autorizar la sanción de una ley contraria á la constitución. Tan inflexible es la constitución, que no permite que ni en ese caso, cuando se trata de la salud pública, sea lícito violarla. (*Muy bien!*)

Eso también lo dice Madison, eso también lo enseñaba Cooley, en su cátedra á todos su alumnos, no en la República Argentina, no en Europa, en Norte-América! Pero, señor presidente, nosotros estamos acostumbrados más á asimilarnos las doctrinas europeas en materia de legislación, que asimilarnos las doctrinas y la legislación norteamericanas. No solamente en este punto: en otras cuestiones, señor presidente. Mientras he estado ocupando una banca en esta cámara, he observado que vamos á copiar, vamos á asimilarnos, vamos á traer las ideas europeas, cuando tenemos toda la legislación americana. No hay sino que tomarse el trabajo de traer esas leyes, traducirlas y sancionarlas. ¿Por qué? Porque esas leyes conciben, se armonizan y concuerdan con la constitución nacional, que es la misma en los dos países.

Hago con esto referencia, por ejemplo, á la ley sanitaria animal. Hemos ido á copiar las leyes europeas, teniendo una ley norteamericana perfectamente clara y concordante con la constitución nacional, y hemos sancionado una ley muy dudosa en cuanto á su constitucionalidad.

Ahora, señor presidente, que he hecho

la crítica del proyecto de la minoría de la comisión, me corresponde ocuparme también del proyecto de la mayoría, y desde luego debí declarar, con toda sinceridad, que es un proyecto, en tesis general, fuera de algunos defectos que se podrá depurar más tarde, en la discusión en particular, perfectamente concordante con nuestra ley fundamental.

Allí no se hace ni más ni menos que seguir el ejemplo de los Estados Unidos, en cuanto á la composición, en cuanto al reclutamiento para la formación del ejército de línea.

Respecto de la instrucción de las milicias algo deja que desear el proyecto de la mayoría de la comisión también—podemos retocar ó reformar esa parte, para respetar la constitución;—pero en tesis general, el proyecto de la mayoría es perfectamente aceptable, comparado con el proyecto de la minoría, que es monstruosamente contrario á la constitución. (*¡Muy bien! Aplausos en la barra.*) Y digo monstruosamente, señor presidente, porque el proyecto de la minoría establece el régimen germánico, el régimen prusiano para la organización militar de la República Argentina, federativa. Establece, señor presidente, la militarización de todo el país; por eso decía que este proyecto es absolutamente inaceptable.

Creo, señor presidente, que he ocupado demasiado la atención de la cámara.

Varios señores diputados—No, señor.

Sr. Sánchez—Creo también que con lo dicho he manifestado bastante mis opiniones para fundar mi voto en contra del proyecto de la minoría de la comisión y en favor del de la mayoría.

He dicho. (*¡Muy bien! Aplausos en la barra.*)

Sr. Coronado—Pido la palabra.

Lamento no tener preparación ni conocimientos en materia constitucional para refutar al señor diputado por Corrientes, pero justamente esta mañana he leído un trabajo de un jefe del ejército argentino, el mayor Rosende, en el que se establece claramente esta doctrina constitucional: nuestra constitución es militar y miliciana á la vez; hay artículos de la constitución pertinentes al orden militar y hay otros pertinentes al orden que yo llamaré miliciano. De manera que esta dualidad de nuestra constitución es necesario que nosotros la tengamos en cuenta, para ver claramente que el proyecto de la minoría encuadra dentro del régimen constitucional.

El señor diputado por Corrientes dice: el ejército de línea de la nación es el ejército permanente.

Yo quisiera saber de dónde ha tomado esta definición. No he encontrado en ninguna de los libros que yo he tenido á la mano otra cosa que esto: El ejército permanente es el ejército de línea y sus reservas.

Luego, es cuestión de definición: si el ejército de línea fuera el ejército permanente, estaría en la verdad el señor diputado por Corrientes; pero el ejército de línea es el ejército permanente y sus reservas.

Por otra parte, si el servicio obligatorio fuera repugnante á la constitución nacional, lo lógico sería que el señor diputado hubiera dicho: es necesario hacer tabla rasa con los proyectos de la mayoría y de la minoría, porque si es cierto que el proyecto de la mayoría establece un servicio de seis meses, también lo es que el de la minoría establece una instrucción en tiempo de paz de tres meses, y somete á los ciudadanos al régimen militar; por consiguiente, uno y otro proyecto repugnarían á la constitución.

Por otra parte, aun que no soy muy versado en estas materias, se me suelen quedar grabados algunos principios fundamentales del derecho, de la legislación, y he aprendido esto: cuando la constitución de un país no establece un precepto claro, es necesario ir á la fuente.

Ha hecho muy bien el señor diputado en ir á las fuentes del derecho público argentino, que es el derecho norteamericano. Pero, ¿por qué no se ha tomado trabajo de ir un poco más allá, á las fuentes del derecho público americano, que es el derecho público inglés? Si él hubiera ido á la verdadera fuente, á la fuente madre, habría encontrado este precepto.

Yo también sé que en Inglaterra la constitución no es escrita; pero sé igualmente que las resoluciones del parlamento hacen jurisprudencia, y sobre todo, cuando pasa el tiempo, á medida que se va afianzando el precepto, establece una jurisprudencia, que es la verdadera carta fundamental de Inglaterra.

Seguramente, el señor diputado ignora que en 1757 el parlamento inglés dictó una ley estableciendo el servicio obligatorio en aquel país; esa ley ha caído en desuso, y todos los años el parlamento, por un *bill*-especial, la suspende, conservándose así el derecho

que el parlamento ha incorporado al sistema constitucional de Inglaterra.

Por consiguiente, de fuente en fuente, llegaríamos á la fuente madre, que es la Inglaterra que establece este precepto.

Pido disculpa á la cámara por haber distraído su tiempo acerca de esta materia.

Quiero ahora contestar algunas observaciones...

Sr. Presidente—Me permito hacer presente al señor diputado que sólo puede hacer uso de la palabra para rectificar.

Sr. Balestra—Hago moción para que se declare libre el debate.

—Se aprueba esta moción.

Sr. Presidente — Puede continuar el señor diputado.

Sr. Coronado—Pido la palabra.

De todas maneras iba á ser breve; pero quería rectificar algunas apreciaciones del señor diputado por Buenos Aires, que se encuentra ahora ausente, que ha dicho que la minoría de la comisión había maltratado á los enganchados de la nación. Quiero hacer una observación. Nosotros no hemos maltratado á los veteranos del ejército de la patria; nosotros, y yo personalmente, nos hemos declarado absolutamente respetuosos de ellos, tanto más cuanto que de aquél han salido dos ó tres generales. Pero lo que no queremos es establecer el sistema del enganche, como sistema de reclutamiento único en la República.

El señor diputado por Buenos Aires es realmente quien ha hecho apreciaciones equivocadas de la guardia nacional de la República. Todos los señores diputados habrán podido leer, y yo personalmente oí las palabras del doctor Alem, que fueron estruendosamente aplaudidas, cuando enseñaba á la juventud y le decía: «Vosotros, jóvenes, sois los mismos que veíamos morir sonriendo en Tuyutí». Y todos saben que los batallones de guardias nacionales de Lobos y Saladillo, comandados por los tenientes coroneles Bosch y Solier se batieron heroicamente en La Verde junto con el ejército de línea. No es, entonces, que nosotros no respetemos á los veteranos de nuestro país; lo que no queremos es que el ejército de línea se forme con enganchados. Cuando el señor diputado nos refería tan perfecta-

mente expuestos los sucesos en que fué actor en la provincia de Córdoba, decía que él hubiera querido que los voluntarios que formaron esos batallones fueran fuertes; y ¿por qué no fueron capaces esas columnas de milicianos de Córdoba de sostener la avalancha de la caballería del general Arredondo? Porque sencillamente esas columnas eran de papel; y nosotros, la minoría y el poder ejecutivo, queremos tener columnas de acero, que sostengan el edificio nacional! (*Muy bien! Aplausos.*)

Ahora bien, nosotros no rechazamos al enganchado de una manera tan absoluta. Lo que no queremos es emplearlo como sistema. Si no lo aceptamos, es porque sabemos que el enganche es un retroceso. El enganche, por más respetables que sean nuestros veteranos, es compañero inseparable del fusil de chispa y de las cargas á la bayoneta; y en cambio el servicio obligatorio es compañero del muser y del orden abierto! (*Aplausos.*)

El señor diputado por Buenos Aires, ahora presente en el recinto, nos daba perfectamente la razón; porque él no quería que los soldados tuvieran un aprendizaje de parada. Es por eso que la minoría de la comisión quiere soldados fuertes, firmes, hechos en las filas. Lo que quiere es que ni uno solo de los jóvenes ciudadanos deje de pasar por las filas del ejército, ¿para que? para que todos tengan instrucción, no instrucción de parada, sino para que tengan, además el espíritu militar que tenemos, educación militar.

Sr. Falcón—¿Me permite la interrupción?...

¿Y cómo apreciaba el señor ministro de la guerra á esos conscriptos que hacía cinco meses que estaban en las filas, cuando con motivo de las últimas asonadas que hemos presenciado en Buenos Aires, hablaba por teléfono á los jefes de cuerpo diciéndoles: «No me vayan á mandar conscriptos»? (*Risas y aplausos.*)

Sr. Ministro de la guerra—Pido la palabra.

Sr. Presidente—Prevengo nuevamente á la barra que no puede hacer manifestaciones de ninguna clase, que si las repite será desalojada! Tiene la palabra el señor ministro.

Sr. Ministro de la guerra—¡Rectifico en absoluto! Yo no he pronunciado jamás esas palabras! ¡Vine aquí á este recinto, cuando se discutía la ley de estado de sitio, para decir que el ministro

de la guerra estaba completamente seguro de los conscriptos, y que se hacía responsable del orden en el caso de que fuera perturbado! Estaba seguro de ellos, porque en el alma de los conscriptos hay un alma argentina, y esa alma argentina ha de saber siempre defender á las autoridades constituidas, así como á la patria, cuando sea necesario! (*Muy bien! Aplausos y bravos en la barra.*)

Sr. Falcón—Voy á establecer...

Sr. Presidente—¡Ya ve el señor diputado el resultado que ha tenido su interrupción, hecha sin permiso de la presidencia.

Tiene la palabra el señor diputado Coronado.

Sr. Coronado—Después de las últimas palabras del señor ministro, me parece que será excusado que agregue nada, y, por consiguiente, he dicho.

Sr. Falcón—Quiero establecer el verdadero concepto de mi interrupción.

No es porque el ministro no tuviera confianza en la lealtad de los conscriptos con cinco meses de permanencia en las filas. Es que se produce aquel pavor que confunde los ánimos, aun á los más avezados á las conmociones populares! Hemos visto á esos conscriptos temblando en aquella conmoción popular, casi cayéndoseles las armas! (*Movimiento en la cámara, voces y desorden en la barra.*)

Sr. Iriondo (M.)—¡Desearía que dijera dónde lo ha visto! ¡Todos hemos actuado en esos sucesos, y nadie lo ha visto! (*Aplausos y bravos en la barra.*)

Sr. Falcón—¡No ha sido por falta de valor seguramente, sino por falta de entereza! (*Aplausos y manifestaciones hostiles en la barra.*)

Sr. Capdevila—¡Era porque se les llevaba á combatir contra el pueblo!

—Aumentó el desorden en la barra: unos aplauden, otros protestan. Varios señores diputados hablan á la vez agítalmente.

Sr. Presidente—¡Impongo silencio á la barra! ¡Impongo silencio á los señores diputados! ¡Nadie puede hablar sin permiso de la presidencia!

¡Haré desalojar inmediatamente la barra, si insiste en sus manifestaciones!

¡Sólo tiene la palabra el señor diputado por Buenos Aires!

Sr. Falcón—¡He querido explicar lo que es humano, la realidad, porque estamos aquí pintando situaciones imposibles, ideales!

He vuelto á presenciar lo que presencié hace veinticinco años en situación parecida y que acabo de referir á la cámara: que á soldados sin fatigas, sin contrariedades de campaña, es imposible exigirles un servicio militar! Y todos los militares que están oyéndonos saben que en Europa no es considerada, no es apreciada esta clase joven de soldados, sino las reservas más envejecidas!

Vuelvo á repetirlo: no he querido hacer un cargo político al gobierno de que forma parte el señor ministro.

Sr. Iriondo (M.)—Hago moción para que se levante la sesión.

—Apoyada esta moción, se vota y es aprobada.

—Son las 6 y 30 p. m.